

babilidades de buen resultado que la que se le hizo cuando la guerra de América, con iguales condiciones? ¿Nuestras fuerzas marítimas no estaban ahora mucho más quebrantadas que entonces? ¿Francia no tenía desorganizadas sus armadas y no le habíamos visto impotente y siempre vencida en la mar? ¿No era evidente que Francia buscaba con nuestro concurso ver el modo de lanzar con mano segura su expedición militar contra Inglaterra?

El Consejo de Estado resolvió de acuerdo con el jefe del gobierno, que era conveniente la guerra con Inglaterra y la alianza con Francia. Resuelta la

alianza, Godoy entregó sus bases á Perignon, pero como Francia quería un tratado bajo las bases del famoso *Pacto de familia* se vino por fin á una inteligencia, quedando unidos á Francia por un nuevo pacto de familia, si bien por la guerra actual conforme se declaraba en uno de los artículos del tratado, España sólo se declaraba en guerra contra Inglaterra. Esto firmó Godoy el 27 de Junio de 1796. Perignon acababa de hacer un gran servicio á su país. El tratado fué ratificado definitivamente el 18 de Agosto de dicho año en San Ildefonso.

Adelantándonos al deseo de Francia, se hizo Lán-



BOISSY D' ANGLAS

gara al mar con una escuadra que se fué á recorrer los mares de Italia, pero esta escuadra estaba tan mal trecha que el teniente general José de Mazarredo envió representación tras representación al ministro de Marina al objeto de cortar un desastre que su patriótica actitud le mereció ser llevado de cuartel al Ferrol para que hiciera silencio. Mazarredo fué á poco justificado con el desastre de Cabo San Vicente.

Lángara dejó la armada española á Córdoba por pasar él á ocupar el ministerio de Marina, vacante por haber pasado su titular Varela á desempeñar la cartera de Hacienda, y Córdoba se vino con la escuadra á España. Esta constaba de veinticinco navíos, entre ellos el *Santísima Trinidad*, de 130 cañones, el mayor buque de su clase en Europa, y á seis navíos de 112 cañones. Otro, el San Nicolás, era de ochenta y cuatro cañones y de setenta y cuatro los restantes.

En 14 de Febrero de 1797 alcanzó la escuadra inglesa mandada por el almirante Jerwis y cuya retaguardia mandaba Nelson á la nuestra en Cabo San Vicente, en donde maniobró tan mal, que al cerrar el día nos habían apresado los ingleses cuatro navíos, uno de 112 cañones, el de ochenta y cuatro y tres de setenta y cuatro, y esto que los ingleses sólo tenían quince navíos.

Formóse á Córdoba Consejo de guerra por la que se llamó su impericia, y que él procuró probar que era debido todo á no haber podido entrar de sus buques en línea de batalla más que diez y siete navíos por estar todos en mal estado de sostenerse en la mar, que fué exonerado, y además, se le prohibió vivir en la Corte y capitales marítimas del reino. Como era natural, entonces se recordaron las patrióticas observaciones de Mazarredo, y en Marzo de 1797 se le nombró jefe de todas las fuerzas navales del Océano, dándosele orden para que pasase

á Cádiz á armar el mayor número de buques posible. Además se le dió amplias facultades respecto del personal, y á su petición se pusieron á sus órdenes á Escaño, Churruca, Espinosa y Tello, Moyna y Mazarredo.

Mazarredo llegó á Cádiz el 18 de Abril y fué tanta su diligencia que cuando en Julio se presentó Nelson para bombardear á Cádiz; las fuerzas sutiles de Mazarredo se batieron con tanto heroísmo y arrojo en las noches del 3 y 5 de Julio de 1797 que Nelson hubo de retirarse corrido de su empeño, pero

sin mayores ventajas que el de haber acreditado nuestros marinos su arrojo y haber elevado su fama Mazarredo, Gravina y Escaño.

Nelson al retirarse de Cádiz se fué á atacar las islas Canarias, y el día 24 de Julio se lanzaba de noche sobre Santa Cruz de Tenerife, y su arrojo que le costó un brazo y el de sus soldados que llegaron á la Plaza Mayor no le valieron, y merced á una capitulación que le permitió reembarcarse con su gente á condición de que no atacaría ninguna otra isla del archipiélago, pudo salir de la isla que había



VADIER

de ser su tumba con un general más experto que Gutiérrez. Pero estos triunfos no compensaban las pérdidas que habíamos tenido en Cabo San Vicente ni la de la isla de la Trinidad de que se apoderó á los dos días de este combate el almirante Harvey, viéndose obligado Apodaca á incendiar su flota compuesta de cuatro navíos, una fragata y varios buques menores para que no cayera en manos de un enemigo con quien no podía combatir. Esta desgracia tampoco fué compensada con la repulsa que se llevó Harvey al atacar á Puerto Rico, pues el tener que reembarcarse abandonando su artillería no valía los ocho navíos que nos costó la campaña marítima de 1790-97.

En punto á expediciones combinadas todo se redujo al plan de un desembarco en Inglaterra, pero no pasó la cosa del proyecto, y ni siquiera se llegaron á reunir en Brest las tres escuadras aliadas.

Hemos llevado la cuestión de España hasta Julio de 1797, para terminar con este triste período de la

Historia de España de una vez, y porque la guerra marítima entre España é Inglaterra afecta tan poco la marcha de los sucesos políticos, que en cualquier momento en que quisiéramos ocuparnos de ella había de ser causa de una digresión en la marcha de los sucesos europeos, todo lo que con ella se logró, ya queda dicho, esto es, que Inglaterra retirara del Mediterráneo su escuadra y que en consecuencia fuera fácil la reconquista de Córcega y la imposición de la política francesa en aquellos Estados de Italia que aún esperaban poder resistirla con el apoyo de la Gran Bretaña. De modo, que España, sin quererlo, hizo todo el daño posible á los Borbones de Nápoles, al Sumo Pontífice que tan inútilmente empleaba á nuestro Azara, al hermano del emperador, al gran duque de Toscana, y al Borbón de Parma; así vemos que tan pronto el rey Fernando de Nápoles, le preguntó á lord Grenville si en caso de nueva guerra con Francia será sostenido por Inglaterra, le contesta que lo que le conviene es hacer

cuanto antes la paz con Francia, y que si para conseguirla ha de cerrar sus puertos á los buques ingleses, que ya puede hacerlo, que por ello no se enojará.

Abandonado, Nápoles, cerró la paz con el Directorio aprovechando la ocasión de los triunfos del archiduque Carlos para obtenerlo lo más ventajoso posible, pues como urgía quitarle á Bonaparte enemigos de encima, y Francia no podía auxiliarle en esta tarea, más que imponiendo razonables condiciones de paz á los beligerantes, se hizo la paz con Nápoles á condición de que entregara en provisiones 8.000.000, se mantuviera neutral, no se recibiera en un puerto, á la vez, á más de cuatro buques enemigos de Francia y celebrara con Francia un tratado de Comercio.

Bonaparte, pues, al saber que se había firmado esta paz en 10 de Octubre, pudo ya volver la espalda al Sud de Italia, seguro de que allí no vendrían á distraerle en su árdua tarea de rechazar á Allwintzy que iba á entrar en campaña.

¿Qué iba, pues, ahora á hacer Pitt para asegurar por medio de la paz la tranquilidad interior de Inglaterra? Lo que sólo son capaces de hacer los hombres del Norte, hacer de la necesidad la ley, someterse á sus condiciones, ó sea resignarse á lo que quería el Directorio, esto es, á tratar directamente y sin intermediarios de la paz; lord Malmesbury, pues, fué enviado á París en donde se le esperaba convencidos gobierno y consejos de que Pitt sólo quería simular deseos de paz para dominar la situación interior de Inglaterra.

Fué el día 7 de Setiembre cuando lord Grenville le dió conocimiento á Thugut del paso que se había dado para asegurarle que Inglaterra no había nunca pensado en hacer la paz por sí sola, que lo que buscaba era la paz *ante bellum* para todos los interesados, ó bien un cambio de conquistas respectivas, al mismo tiempo sir Morton Eden debía darle aviso de que se había dado orden á la escuadra inglesa de que se retirase del Mediterráneo.

Thugut, naturalmenté, atribuyó la actitud de Inglaterra á la perentoria intervención de España, y así se lo decía á Cobenzl, á quien rogaba insistiera cuanto pudiera para que Rusia no desmayase y enviara el ejército ofrecido, que había de asegurar el cambio de fortuna en la guerra que por aquellos días ocurría en Alemania en provecho del archiduque, —20 de Setiembre,—y sólo se calmó al saber que Pitt había acogido favorablemente la petición de subsidios hecha por Rusia para enviar 60.000 hombres á la guerra. Al mismo tiempo, Pitt avisaba

á Thugut, que el estado financiero de Inglaterra agravado ahora con el millón y medio de libras que iba á dar á Rusia, le obligaba á reducir la mensualidad que pagaba á Austria de 150 á 120.000 libras. En esto no había contradicción por parte de Pitt, quería la paz pero se preparaba para la guerra, esto quiere la ciencia política, *si vis pacem, para bellum*. La máxima romana no había sido olvidada en Londres.

Malmesbury recibió sus pasaportes el 16 de Octubre. Ocho días después entregaba á Delacroix una Memoria por la que se le pedía que se reconociera en principio que la paz no había de ser separada sino continental. Delacroix apuró en seguida al diplomático británico preguntándole si estaba autorizado á hablar como lo hacía por el emperador de Austria, pues era natural que si se debía discutir la que á esta potencia había de convenirle ó no, estuviera esta potencia presente ó debidamente representada. El diplomático inglés quiso esquivar la cuestión diciendo que ahora sólo se trataba de la cuestión de principio, pero el jacobino Delacroix le replicó que no había cuestiones de principios sino de hechos, á saber lo que cada uno estaba dispuesto á guardar ó á ceder, por consiguiente que era preciso la representación del Austria. Malmesbury tuvo que reconocer que Delacroix estaba en lo firme y pidió instrucciones á Grenville, mientras á la vez enteraba á Eden, en Viena, de lo que pasaba.

Eden corrió á participar á Thugut de lo que se trataba en París y de la necesidad de dar una autorización completa á Malmesbury, y nada más curioso que ver á estos hombres eminentes creyendo en la posibilidad de una paz bajo la base del *statu quo ante bellum*. Thugut, sin embargo, quería y ofrecía cambiar la Bélgica por la Holanda, pero luego hubo de saber por Londres que la Bélgica se quería dar á Prusia, que era la única potencia que podía defenderla contra Francia, esto cuando hacía ya tiempo que Bélgica formaba parte integrante de la República francesa. Respecto de la orilla izquierda del Rhin, Austria la cedía á Francia si se la indemnizaba en Italia á expensas del Piamonte luego, naturalmente, de sustituirse la Lombardia, á lo que pensaba agregar las Marcas que Allwintzy debía ocupar pero no devolverlas al Papa jamás. Pero Thugut no iba más allá, Eden podía darse por satisfecho con conocer el pensamiento del ministro austriaco, respecto á su formalización esto dependía de la aprobación de Rusia y las victorias de Allwintzy.

La opinión de Rusia no había de darla Catalina, la gran Catalina había dejado de existir cuando to-

davía Thugut escribía á Cobenzl para que la hostigase á mandar sus sesenta mil soldados que debían llevar á Maguncia, Suwarow y Derfelden. En 1796 una carta ponía á lo menos quince días para ir de Viena á Petersburgo.

La muerte de Catalina nos obliga á contar la de Gustavo III rey de Suecia, el gran enemigo de la Revolución francesa.

Gustavo III subió al trono en 1771 por fallecimiento del rey su padre. Al año de sentarse en el trono había ya Gustavo III emancipado el poder real de la tiranía de la aristocracia y creado un verdadero gobierno absoluto personal que el pueblo sueco hubo de considerar como un progreso, pues en materia de tiranía es más insufrible la de una clase que la de un hombre solo. Desde este día Gustavo III y la aristocracia sueca fueron enemigos irreconciliables.

La Constitución de 1772 fué reformada por la Ley de seguridad y de unión que era una verdadera Constitución de 1789. Por esta se reconocía por su artículo primero que Suecia tenía un rey hereditario que gobernaba el reino entero, proveía á su seguridad interior y exterior, á su libertad y defensa, con facultad de comenzar la guerra, hacer la paz, concluir alianzas y distribuir gracias. Por el artículo 2.º de esta Constitución se admitía á los plebeyos en el Tribunal supremo; por el 3.º se les permitía comprar tierras de los nobles; por el 4.º se reservaba á la nobleza las altas dignidades del reino y los empleos de la Corte; por el 5.º quedaba reservado á la Dieta el votar los impuestos; por el 6.º se prevenía que la Dieta no podía discutir otros asuntos que los que el rey sometiera á su deliberación.

Para no equivocarnos sobre lo que preceptúa el artículo VI, que era el que aniquilaba con el poder aristocrático la iniciativa de la nación, hay que saber que los tres Estados inferiores que desde el advenimiento de Gustavo III hasta el día de su muerte estuvieron siempre á su lado, aprobaron entusiasmados la Constitución de 1789, que aseguraba á los plebeyos la igualdad hasta cierto punto, pues aún quedaba excluida de las altas dignidades de la nación, pero podían ya sus miembros ser jueces en el más alto tribunal del reino, y esto les aseguraba, para dentro de poco, la igualdad absoluta. La nobleza, empero, firmó la acta el 27 de Abril bajo la presión del pueblo de Stockholm y de los decarianos que el rey había llamado para dar su golpe de Estado.

Suecia, pues, tuvo también sus cortes y su Constitución de 1789, y seríamos injustos si habláramos

de el liberticida Gustavo cuando Suecia no tenía en 1789 otra aspiración liberal que la de destruir el gobierno anárquico de su Senado y de su aristocracia; tanto se valdría llamar tiranos á los reyes de la Edad media que destruyeron el feudalismo sólo porque á la vez destruían á los únicos elementos que podían pedirle cuenta de sus actos.

Gustavo, asegurado en su trono, fué á buscar en la guerra contra Rusia la consagración de su triunfo y un poco de gloria militar, que siempre la necesitan los dominadores de pueblos, y la consiguió derrotando de una manera completa la escuadra rusa el día 14 de Agosto de 1790, pero este triunfo sólo dió por resultado una paz basada en el *statu quo ante bellum*, y el triunfo fué pirroniano, pues Suecia no podía restablecerse de las pérdidas sufridas durante la campaña, mientras á la zarina nada le era tan fácil.

La Revolución francesa iba haciendo su camino y dada la lucha que mantenían con las clases nobiliarias, las plebeyas apoyadas por el rey, las ideas de la revolución habían naturalmente de hallar agradable eco en Suecia. Pronto lo notó el rey y se llenó de espanto, pues eran precisamente sus partidarios los que con más calor abrazaban la causa de la Revolución francesa, así, cuando Catalina de un lado y los emigrados del otro le empujaban á la guerra contra Francia, la aristocracia hallaba partido en Suecia levantando la bandera del pueblo sueco; «nada de guerra contra Francia,» Gustavo tuvo que resignarse, y no peleó por la reina María Antonieta como él hubiera deseado, llevado de su carácter caballeresco.

La nobleza que se creía ya triunfante, resolvió dar un golpe decisivo quitándolo de en medio. De asesinarlo se encargó el capitán Ankarstroem el 16 de Marzo de 1792 en el baile de máscaras que se daba en el teatro de la Opera de Stockholm y cumplió su palabra metiendo en el costado del rey una bala. El rey fué retirado del baile moribundo y Ankarstroem fué preso. En la madrugada del 29 expiró el monarca sueco, y el 18 de Abril el regente del reino, el duque Carlos de Sundermania, tío del heredero del trono de Gustavo IV, que á la sazón sólo tenía trece años, hacía ejecutar de una manera bárbara y cruel al asesino del rey que sufrió su martirio con la resignación heroica de un mártir.

Gustavo IV por la educación que se le había dado, estaba perfectamente predispuesto para continuar á su padre en la defensa de los derechos reales y en su odio á la Revolución francesa. Furibundo protestante miraba con horror á un pueblo católico